

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

21



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1980

## SALVADOR ALVARADO, SOCIÓLOGO DE LA REVOLUCIÓN

Prof. ANTONIO POMPA Y POMPA

Instituto Nacional de Antropología e  
Historia

SALVADOR ALVARADO, en su monumental obra acerca de *La Reconstrucción de México*, analiza con singular penetración los múltiples problemas de México, casi no hay uno de ellos que escape a su análisis y nos dé su diagnóstico sugiriendo terapia; en esta ocasión haremos enfoque al problema social, tema que tanto preocupó a Alvarado, quizás más que muchos otros que también exigen primacía.

Salvador Alvarado, en la parte segunda de su referida obra, tras análisis crítico como se verá por el recorrido que hagamos en los textos de este sociólogo de la Revolución, nos dice que en la República Mexicana están perfectamente deslindadas estas tres clases sociales que él llama: primero, clase baja; segundo, clase media; tercero, clase alta. Acerca de la clase baja, nos dice que corresponde a esta primera designación el peonaje de las haciendas que forma un considerable porcentaje del pueblo mexicano y que proviene en su mayoría del grupo indígena, los artesanos no ilustrados que abundan en las ciudades, y los domésticos.

La clase media, dice que comprende dos grupos perfectamente definidos, y que clasifica de esta manera: clase submedia, compuesta por los obreros en general, por los artesanos que se han ilustrado algo, por los trabajadores de obras ferrocarrileras, mineras, industriales y agrícolas, en las que se requiere preparación técnica elemental; los agricultores en pequeño y los empleados públicos de ínfima categoría, tales como guardias fiscales, celadores de aduanas, etc.

La clase media la define propiamente de esta manera: está integrada muy especialmente por los profesionistas, comerciantes, industriales, empleados de

la administración, propietarios en corta escala de fincas rústicas y urbanas, o sea rentistas de no muy considerable capital, de esta clase media mexicana salen los médicos, los abogados, los ingenieros, los hombres de negocios, literatos, periodistas, diputados, senadores y en general, desde los escribientes de la Secretaría de Estado, hasta los Ministros y Presidentes de la República, la oficialidad y jefes del ejército generalmente provienen de esta clase media que con la submedia, forman el mejor elemento nacional de trabajo, capacidad y facultades evolutivas.

Luego nos define dentro de su concepto lo que es la clase alta; está formada —nos dice— por los industriales y comerciantes que se han hecho ricos en regular escala y que forman la verdadera clase capitalista de México, con numerosos extranjeros entre ella, los grandes terratenientes, las familias de abolengo, cuyo capital se ha ido mermando con el transcurso de los años; entre la clase capitalista de esta clasificación y la clase media adinerada, hay diferencias tan poco sensibles que escapan a una rigurosa especificación. No así la llamada aristocracia mexicana, dentro de cuya clase mal llamada aristocrática, se reclutan muy particularmente los elementos enérgicamente renuentes a la Revolución, sin incurrir en error, diríamos que esta clase es esencialmente consumidora, mientras que todas las demás son productores o laborales, no incurriríamos dentro de las modernas concepciones sociales al designar a esta clase aristocrática, con el poco envidiable título de parasitaria, lo mismo se encuentra en la ciudad de México que en las capitales de la provincia y en poblaciones de mediana importancia, todo depende de la mengua que vayan sufriendo los caudales hereditarios de que disponen, en donde con mayor fuerza destaca esta clase social, es en la ciudad de México, en Guadalajara, en Puebla y Mérida, en nuestro estudio la designaremos con el mote de aristocrática, para diferenciarla de la capitalista, que también es laborante y productora.

En cada una de estas clases sociales encontramos vicios y cualidades, que en mayor o menor escala van siendo modificados por la civilización, por la cultura que cada grupo va adquiriendo, así por ejemplo, en el grupo indígena se advierten cualidades de valor, abnegación y resistencia, que apenas se compaginan con su docilidad proveniente de una larga servilitud y con las pésimas condiciones de vida que llevaron. Tiene en cambio numerosos vicios por falta de educación, siendo entre ellos los más notables, el de la apatía, la holgazanería y la afición a las bebidas embriagantes. En la clase submedia y media, se advierten cualidades de inteligencia, imaginación, gran adaptabilidad para el trabajo, desinterés, valor, entusiasmo, pasionalidad y en cambio se advierten como consecuencias de una defectuosa educación, una sensible falta de

carácter, ausencia del sentimiento de responsabilidad y noción algo confusa del deber. Insistimos mucho, que esto proviene por falta de educación, dada nuestra mala organización social. En la clase capitalista hay cualidades de energía y tenacidad para el trabajo, así como algunas tendencias de nuestros acaudalados a caer dentro de la pasividad aristocrática una vez llegados a cierta altura. Sobre esta clase pesan algunas responsabilidades, que en su tiempo haremos observar, por la ninguna participación que han querido tomar en el mejoramiento colectivo, no obstante que sus miembros disponen del primer elemento para llevarlo al cabo, el dinero, preferimos eximirnos de hablar aquí de la clase aristocrática por temor de que no hallare sino defectos de los menos disculpables. Luego nos dice Alvarado, cómo vive nuestra clase baja, cómo ha captado él la forma de vivir de este grupo humano de mexicanos, y él se hace esta interrogante: ¿cómo vive nuestra clase baja? y responde, en el mayor desvalimiento, antes de la Revolución, a cuyo triunfo armado hemos asistido, y cuya consumación en el campo de la reformación nacional, apenas hemos comenzado, el peón de nuestros campos vivía prácticamente en la esclavitud, era una unidad de trabajo, con la que nunca se contaba para que participara en los asuntos que afectaban a toda la colectividad, habiendo sido México, en sus primeros tiempos, un país netamente agrícola, no agricultor —entiéndase bien—, sobre la riqueza natural de la tierra que halló el conquistador, apoderándose de grandes extensiones, que han venido constituyendo, en sus ramificaciones y sus divisiones sucesivas, los actuales latifundios. Esa clase latifundista, era la clase directora, legisladora, gobernante, y en consonancia a sus apetitos y a sus particulares intereses, creó el medio social en que vino a desenvolverse la clase humilde, esclavos de hecho, y por derecho antes de la independencia, y esclavos de hecho y por indiferencia, por ignorancia, por ignorancia de otra condición social menos mala, después de nuestra emancipación política. El peón de los campos quedó siempre sujeto al señor de la tierra, de quien era deudor, y que siempre procuró mantenerlo en la ignorancia, para conservarlo sometido y paciente.

Dice un notable escritor norteamericano, que así como en el sur de los Estados Unidos hubo esclavistas humanos, que lograban con su comportamiento, que los esclavos mismos no desearan la libertad, así hubo en México terratenientes que fueron tan paternales para sus peones, que éstos no se resistían de la servilitud real en que vivían, y que les parecía natural y soportable, máxime cuando no conocían otro género de vida, sus ancestros la habían soportado, y ellos no habrían de sentirse, por inspiración propia, descontentos con un orden de cosas, en que nada lesionaba su atrofiada o quizás rudimentaria sensibilidad, sus necesidades materiales estaban cubiertas, una choza en qué pernoctar, unas cuantas varas de manta para cubrir sus

desnudeces, un sarape para resguardarse del frío, un sombrero de palma, un par de sandalias o huaraches, que era la indumentaria total del hombre, un rebozo completaba el guardarropa de la mujer; la habitación, era algo hórrido, un cuarto infecto que servía para todo, alcoba, comedor, cocina, por todo menaje de cocina, por todo menaje unos cuantos taburetes de tosca madera y unos petates, por todo menaje de cocina, unas cuantas ollas de barro, unos cuantos jarros y un metate, un comal y un bracero, y la familia del peón, la india y los chiquillos desnudos, sucios, inevitablemente abandonados a su suerte, vivían alegremente en su pocilga, alimentándose con maíz y chile, y con unas cuantas plantas y hierbas, quelites, nopales, verdolagas, que la pródiga naturaleza ponía a su alcance, sin más que recogerlos del terreno inculto, para llevarse esta vida, más que suficientes, eran los 37 centavos de jornal que el peón devengaba al día, y que inevitablemente iban a caer en la tienda de raya de la Hacienda, una mínima parte en pago de los menesteres y alimentos, y otra gran parte en pago de bebidas embriagantes de la peor especie, aguardiente y pulque. Hemos estado hablando en tiempo pretérito, mas este es un error, esas mismas condiciones prevalecen en mucho, en la actualidad. Alvarado con estas consideraciones trataba de lograr despertar en el peón, nuevas exigencias que antes le eran desconocidas, pero nada hemos hecho hasta este momento, por compensarlo en la pérdida de aquella que para él era una felicidad, felicidad de origen netamente irracional, y que por tanto no podía prolongarse en aquellos seres que, por el solo hecho de ser hombres, estaban en la obligación de rendir a la colectividad el servicio que de ellos reclama la sociedad. Permítasenos seguir hablando de la vida del peón, como si fuese algo pasado, esto nos da cierto consuelo, nos forja la ilusión de que ya han sido remediadas aquellas condiciones; con frecuencia se veía al peón emprender la marcha hacia otras regiones en busca de trabajo, la abundancia de brazos en una hacienda, el hecho de ser despedido por el mayordomo, la suspensión de trabajo en una mina, la pérdida de una cosecha, cualquiera de las muchas contingencias a que quedaba expuesto, hacían que el peón y su familia emigraran en busca de mejor suerte por otro lado, allí iba la doliente caravana a pie por caminos, por veredas, sin saberlo ellos mismos a dónde se encaminaban, empujados por la fatalidad, y llevando a cuestras todo lo que les pertenecía, el hombre con un bulto hecho con el sarape y conteniendo las cazuelas, ollas, metate y harapos de la familia, la mujer llevando a cuestras, y sosteniendo por el rebozo, al chiquillo que todavía no podía caminar, y en las manos las canastas con la provisión y los trastos menudos, allá van con su menudo trote, silenciosos, melancólicos, mansos, pacientes, deteniéndose junto a un riachuelo para echar unas tortillas y pasar la noche a la luz de las estrellas, y reanudar la marcha a las

primeras luces del día siguiente, en una peregrinación de muchas leguas: allí donde encuentran trabajo se detienen, allí se arrumba en un jacal, ni menos ni más cómodo que el que acaban de dejar, allí vuelve a la misma vida vegetativa e inmutable. Hay regiones insalubres del país, donde los jornaleros escasean, a fin de ir llenando los huecos que en las filas de la peonada va dejando el clima, se organizan expediciones de contratistas de trabajo, o enganchadores, que recorren la zona del país donde falta trabajo, celebrando arreglos fantásticos con los peones, para llevarlos a la zona mortífera, el peón se siente seducido por una posible mejoría, y emprende la jornada siempre acompañado de la mujer y de los hijos y de todas sus propiedades.

No queremos hablar de la vida que allí hace el peón de la mesa central, bástenos recordar que la deportación a esas regiones, fue en épocas del general Díaz un castigo, con la correspondiente pérdida de libertad, cuando el peón abandonaba definitivamente el campo, y se queda a vivir y trabajar en las ciudades, comienza para él el verdadero calvario de su existencia. Es cierto que el haber que obtiene en las fábricas, es superior al que obtiene en el campo, pero en cambio, la vida en la ciudad es más cara, los alojamientos más caros y no menos incómodos que los del rancho, y las condiciones de salubridad son mucho peores que las que él gozaba al aire libre en pleno contacto con la naturaleza, la civilización lejos de mejorar las condiciones de la clase más humilde, las ha empeorado, la aglomeración en las ciudades, ha traído como consecuencia, una exacerbación de las condiciones antihigiénicas en grado superlativo, que hacen a la mortalidad media en México algo espantoso, sobre todo en la infancia, los vicios ciudadanos hacen fácilmente presa a los antiguos jornaleros, la criminalidad como producto del alcoholismo recluta sus más salientes y primitivos personajes, entre esa clase arrabalera que no encuentra más comercio espiritual, ni más distracción deportiva que la aglomeración en la taberna y la esgrima del puñal homicida. La clase baja en las ciudades, no tiene oportunidad de un mejoramiento material, sino cuando se dedica al servicio doméstico, allí come mejor, se abriga y se protege y algo se instruye con el trato de clase mejor acondicionada, pero la servitud sigue siendo la misma, para cada quince días de constante trabajo, unas horas dominicales de paz y descanso, especialmente la mujer de la clase humilde, encuentra más en armonía con su sencillez y pasividad el servicio doméstico, que el obrador. Tal vez a grandes razgos, sin que hayamos pretendido hacer un cuadro lleno de colorido, la vida que hace nuestra clase humilde, sometida a la esclavitud material, llena de supersticiones y falsas concepciones del deber y del derecho. En nuestro concepto, esa clase baja, es perfectamente redimible, basta para ello, no dejarla totalmente desvalida, velar por ella, aun cuando sea, desde el punto de vista de la conveniencia,

tomando en cuenta que es la unidad de trabajo de que necesariamente habremos de hechar mano, y como directamente provienen su gran mayoría del grupo indígena, entremos de lleno en el terreno rector, preconizando las ideas que abrigamos respecto a la reconstrucción del problema del indio, tal y como lo hemos visto.

Un enfoque por demás interesante, hace este sociólogo mexicano al exponer el problema del indio, desde el punto de vista de la educación, nadie sabe en verdad cuál es el número exacto de indígenas puros o de indígenas mezclados que existe en el país. Lo que a nadie puede escapar, es que esa población constituye un magno y serio problema para la nación, hay quienes afirman que son tantos millones, en tanto que otros creen que llegan a más, conociendo la manera defectuosa de hacer el censo en nuestro país, y la repugnancia que el indio siente para ser inscrito en lista o padrón alguno, se comprende cómo nunca ha sido posible asegurar el número exacto de indígenas con que contamos. El problema consiste en transformar toda esa enorme energía latente en fuerza productora, en hacer que cada indígena de los nuestros, se civilice y mejore su actual situación, para que sea un elemento de producción, y un factor de trabajo en armonía con las necesidades de la época, es decir, por todo el peso de sus deberes y todo el bagaje de sus derechos.

Ya hemos hablado someramente de la situación de esa raza o de ese grupo de nuestro país, su miseria, su atraso moral y material, están a la vista de todos en las ciudades y en los campos, a lo largo de las vías férreas y a los márgenes de los ríos, y en donde quiera que se les encuentre. ¿Cómo aumentaremos la potencialidad de ese grupo humano?, ¿cómo transformaremos a los actuales indígenas en activos agentes de progreso?

Desde luego debemos pensar, cómo lograremos mejorar las condiciones económicas del pueblo, pero es el caso que, sin la previa educación, no es fácil lograr el mejoramiento económico, y sin éste, no se puede desarrollar la obra educacional. A resolver ese círculo vicioso tienden estas páginas, o tiende este estudio; el plan educacional que en seguida trazaremos está tomado de la verdad, basado en la experiencia obtenida en otros pueblos, y tiene este sello de confianza, la de que alcanzaremos mejores resultados, porque nuestros indígenas son inteligentes, y con quienes hemos hecho experiencias a que nos referimos.

Si logramos duplicar la capacidad productora de nuestros indígenas, habremos dado un paso inmenso en el camino de nuestra reconstrucción, no perdamos de vista, insistimos, la inmensa ventaja de que nuestros indígenas son inteligentes y bastante civilizados, con quienes se han seguido procedimientos

educativos que detalladamente expondremos, y que nos dan una franca esperanza. Muchas ocasiones hemos tenido oportunidad de admirar la sagacidad, la agudeza, la inteligencia, la paciencia y la industria de nuestros indígenas. En el interior del Estado de Chiapas, todavía puede verse en San Cristóbal de las Casas y en Comitán, infinidad de objetos útiles, curiosos y artísticos que fabrican los indígenas. Estas mismas manifestaciones de habilidad se producen en México, en Oaxaca y en casi todos los estados de la República; es sorprendente cómo el indígena de estos lugares, comprende todo lo que se le enseña, quién no le ha visto en las plantas eléctricas y en las fábricas, manejando, al poco tiempo de aprendizaje, las máquinas más complicadas, millares de veces nos ha ocurrido encontrar indígenas mucho más inteligentes que muchos de nuestros mestizos, especialmente en Chiapas y en la región del Istmo que pertenece a Oaxaca y recuerda Alvarado de la manera más grata, las comisiones de indígenas de la sierra de Oaxaca que bajaban a San Jerónimo a hablar con él sobre asuntos de sus pueblos, con qué clarividencia presentaban sus alegatos, y qué sagacidad desplegaban para contestar; alguno hubo, que con gesto varonil y sereno contestara en nombre de sus acompañantes, "*si se pretende hacer eso, nos haremos respetar por la fuerza, el gobierno no tiene ningún derecho a mezclarse en nuestros asuntos municipales*". De esta gente se puede hacer todo lo bueno que se quiera, son diamantes sin pulir, y hay que pulirlos; de los indígenas que conozco, puedo asegurar que el más enérgico e inteligente es el oaxaqueño, sin que deje yo de darle un lugar prominente al indígena de Chiapas, con excepción de algunas ramas, el indio y el mestizo de Chiapas, son susceptibles del más alto grado de desarrollo; "Siempre admiré la inteligencia y la serenidad del chiapaneco en los combates —nos afirma Alvarado—, no era el valor ciego del yaqui, sino el tranquilo consciente del hombre civilizado; no deseamos extendernos porque sería interminable la serie de citas que podríamos hacer, tantas han sido nuestras perturbaciones y tantas enseñanzas hemos podido sacar de ellas".

Nuestros indios —repite—, son un inmenso criadero de diamantes en bruto, hay que tallarlos, para que ingresen con su verdadero valor, al haber social de nuestra patria: Juárez, Altamirano, Ramírez, que hablen ellos, si nosotros no sabemos hacerlo.

Hace Salvador Alvarado, unas consideraciones sobre la instrucción rudimentaria para los indígenas, y nos pone esta cita: Hace poco llegó a nuestras manos —nos dice— un libro del señor ingeniero Alberto J. Pani, recientemente publicado con el título de *Una encuesta sobre educación pública*, en el que reúne todas las cartas que le fueron dirigidas con motivo de su folleto, *La instrucción rudimentaria en la República*, y en él, incluye también algunos

folletos sobre el mismo tema, y algunos artículos publicados en la prensa, nótase la absoluta falta de alusión a otro trabajo producido sobre el mismo tema, y con el mismo motivo por el profesor Gregorio Torres Quintero, y que muy bien pudo haber figurado al lado de los otros, si se quería dar al asunto toda la importancia que merece. El libro del señor Pani termina con un trabajo del licenciado Ezequiel A. Chávez, a manera de conclusiones finales que suscriben también al doctor Alfonso Pruneda y el señor Paulino Machorro Narváez. Desde luego hay un interesante trabajo del señor licenciado Chávez que no debe estimarse como un resumen de las diversas opiniones emitidas en el curso de la obra, sino como un estudio nuevo, bien meditado que difiere totalmente de aquéllas, hay en esas conclusiones algunos puntos de contacto con las ideas que sustentaremos en las líneas posteriores, y así nos complacemos en conseguirlo, pensando que no estamos solos en nuestra brega por una reforma profunda de nuestro sistema escolar; el libro carece de importantes rectificaciones que el profesor Torres Quintero hace al folleto del señor Pani. Este trabajo de Torres Quintero fue presentado al señor José María Pino Suárez, quien no tuvo tiempo de llevarlo a la práctica como quería, pero después se tradujo en un hecho que fue el primer esfuerzo para fundar 5,000 escuelas federales en el territorio de la República, pero nótese que esa fundación, de 5,000 escuelas, promovida durante el régimen del General Victoriano Huerta, no fue al fin de su agrado puesto que en un momento echó por tierra aquella obra iniciada con tan buen auspicio; las renuncias de Vera Estañol primero, y después la de Torres Quintero, señalaron el final de aquel hermoso sueño de rehabilitación del indio.

Hoy tenemos que insistir sobre el mismo tema, las escuelas rudimentarias eran imperfectas sin duda, entre las opiniones publicadas por el señor Pani, figura la del señor Agustín Rivera y San Román, docto sacerdote, muy conocido por sus ideas liberales, en ellas se lee: "*opino que a pesar de tantas dificultades, se acometa la empresa, porque dice Horacio, que el que comienza una empresa, tiene la mitad de lo hecho, tal es la cuestión, comenzar, es el cincuenta por ciento, el perfeccionamiento vendrá después, si ante esta magna obra nos detiene el escrúpulo, de que la escuela rural ofrecida al indio no es perfecta, corremos el peligro de aplazar indefinidamente aún, la iniciación de ella, toda obra buena ha tenido humildes principios*". No reducimos nuestros deseos a una escuela simplemente de leer, escribir y contar para los indios, por lo que expondremos enseguida, se comprenderá, que vamos más lejos que el núcleo de opinantes que escribieron en el libro del señor Pani, sin embargo, una cosa es enunciar un ideal, y otra indicar la realización de ese ideal, el ideal marca una dirección, es una luz que señala el camino hacia la cumbre, para alcanzar la meta es preciso emprender la subida como se

pueda, a pie, en burro, a caballo, en ferrocarril o en aeroplano, debemos ser hombres de acción y no simples teorizantes.

Más adelante, Salvador Alvarado, insiste en la necesidad de educar al indio, nos creemos dispensados, desde luego, de preconizar la educación del indio con rimbombantes parrafadas, han abusado tanto de este tópico los politicastos, que no queremos ni por un momento parecernos a ellos, el que quiera conquistar aplausos o popularidad, baste con que hable de la redención del indio, y sea para acreditar una plataforma política para embaucar a sencillos gobernantes o para batir el récord de progresista en un congreso pedagógico, ya estamos cansados de tanta logorrea retórica en favor del indio, y sin embargo, el indio está allí, estorbando el progreso de la patria, pero él también es parte de la patria, no podemos hacerlo a un lado, no podemos aniquilarlo, como hicieron los colonos ingleses con los pieles rojas o los búfalos, para después reunir piadosamente los rebaños de unos y otros y poblar con ellos las reservaciones de los parques, tampoco podemos fundar la República sobre un cimiento o capa de esclavos, el indio por sí solo constituye uno de nuestros más hondos problemas, necesitamos transformarlo en eficiente elemento social, va en ello nuestro futuro, todo nuestro destino como nación, para ello no tenemos más que un medio evidente, la educación. No creemos en la omnipotencia de la educación, pero tampoco podemos renunciar a ella, nos desarmaríamos, cruzarnos de brazos sería un crimen, al contrario, es necesario obrar, y obrar pronto, pero al hablar del indio, no nos concretamos solamente a la educación escolar, su redención no está en enseñarle a leer, escribir y contar, etc., está en algo más, está en el trabajo, en el trabajo inteligente, en el trabajo intenso, está sobre todo en mejorarle su vida física, intelectual y moralmente; está en curarle del mal de la embriaguez, el indio es un elemento productor, un elemento económico, pero es preciso que lo sea de un modo consciente, no es ni debe ser una máquina, es un hombre, debe ser también un ciudadano, debe ser un ciudadano que trabaje con eficiencia, para su bien y para la comunidad, debe ser un ciudadano que posea siquiera el mínimum de ilustración que corresponda al común de los habitantes de un país civilizado, debe vestir mejor, debe alojarse mejor, debe comer mejor, debe saber leer, escribir y contar y las demás menudencias de nuestro programa escolar hoy en uso, mas no es del programa de lo que debemos preocuparnos mucho, como lo hacen todos los que opinan respecto a la instrucción rudimentaria, desde el señor Pani, hasta el último, siguiendo el vicio de todos nuestros reformadores escolares. El mismo programa puede servir en manos de un maestro para embrutecer al discípulo, y en manos de otro para elevarlo.

El elemento vital no está pues, en el programa que puede ser teóricamente bueno, sino en el maestro, si el maestro es bueno, no importa que el programa sea deficiente, él le dará vida.

El éxito bueno o malo de una educación, no depende del mayor o menor número de materias elegidas para elaborar un programa, cada maestro, cada inspector, cada jefe de educación, cada gobierno, cuando piensan en reformas escolares, creen que el problema es de aumento de materias, debido a ese afán, nuestros programas alcanzan dimensiones kilométricas. Esas reformas, por otra parte muy discutibles, son sólo externas, lo más importante es el método y más que el método, el espíritu de la educación, mientras más largos son los programas, más trabajo para la memoria, dan pábulo a nuestra enseñanza memorista, los maestros comprendan que no pueden desarrollarlo sino verbalmente. La enseñanza experimental y práctica demanda mucho tiempo, y ellos no pueden perder el tiempo, es necesario hablar mucho, repetir mucho, leer mucho, exigir mucho, si no, ¿qué van a saber los niños sobre exámenes?, ¿qué van a saber los indígenas sobre reconocimientos?, es necesario pues que nuestras escuelas, y en las de los indígenas especialmente, se reduzcan los programas únicamente a lo fundamental, el resto de la enseñanza debe ser en forma de trabajo, no sólo realizado por la agencia escolar propiamente dicha, sino por otras agencias que concurren al mismo fin, y sería aquí el lugar de entregar en largas, aun cuando oportunas y necesarias, reflexiones sobre la manera de educar eficientemente a nuestros indios.

Tenemos la seguridad de que estas aseveraciones tan largas, como interesantes, habrán hablado mucho, con bastante elocuencia como lo hicieron Demóstenes o Cicerón, a través de ellas, notan ser fragmentarias, se puede ver la génesis de un programa completo para la educación de nuestros indios, no para realizarlos dentro de las cuatro paredes de un mal salón escolar de piedra o madera opaca, sino con mayor empeño fuera de aquel salón, aun cuando éste estuviera equipado con todos los elementos materiales de la última moda, la elevación de nuestros indios y aun la de nuestros mestizos, no está en la educación libresco e intelectualista de nuestras viciosas escuelas, la escuela del saber, debe ser sustituida por la escuela de la acción, leer, escribir y contar nada valen si no se usan, enseñar a vivir mejor, esto es lo que importa. ¿No estamos cansados de ver pueblos y aldeas con escuelas desde hace medio siglo, que permanecen invariablemente en el mismo estado de atraso y sin que hayan sufrido la menor modificación y hay quien ose negar que esas escuelas, esos maestros, esos libros y esas lecciones orales, han fracasado por completo? queda mucho por responder.

Hemos seguido el pensamiento de Alvarado en este problema fundamental de México, sin que discrepemos en su planteamiento y sugerente solución, la clave está en educar al indio, como un deber nacional, esto engendra en el campo dos problemas, el agrario y el educativo, si llegamos a resolverlos, habremos resuelto un gran problema de México; mas para resolver estos dos problemas, no basta la instrucción, se necesita una intensa acción social y económica que ejerza su influencia constante sobre nuestro indio, y sobre nuestras clases económicamente insolventes.

El mundo se ha caracterizado por una nueva forma de guerra —en su sentido propio de disidencia llevada al extremo— que parece no quedará aislada. Se ubicaría como precedente de otras próximas, como la guerra de los recursos renovables, es decir, de las materias vitales para la subsistencia, comenzando por los alimentos. Es una guerra sin ocupación territorial, pero con efectos económicos más completos, dado que abarca a la comunidad civilizada por entero. Tal disidencia —que ha superado hace años la etapa de crisis— no parece anunciar una paz previsible; por el contrario, cada día se muestra más agresiva. Se ha extendido ya por un periodo que superó el de la I y la II Guerra Mundiales; y no se atisba siquiera una tregua. Se trata de una guerra que tiene su término o su fin en sí misma. El arma empleada es un recurso no renovable, que se agotará en los próximos veinte años, o antes. Este hecho parece alentar la dureza de los países productores de petróleo, como si pretendieran en el curso de una sola generación tomar el predominio económico mundial.

## RESPUESTA JURÍDICA A LA GUERRA ENERGÉTICA

Dr. ALDO ARMANDO COCCA  
Presidente del Consejo de Estudios Internacionales Avanzados, Miembro correspondiente en la Argentina de la Academia Internacional de Astronáutica (París).

### I. PROBLEMÁTICA JURÍDICA ANTE LA "GUERRA ENERGÉTICA".

¿Qué han hecho las naciones, en su inmensa mayoría agredidas por la guerra energética?

Han celebrado consultas, reuniones internacionales y regionales, se han unido en organizaciones que responden a sus necesidades e intereses energéticos, han trazado planes y contraofensivas internas e internacionales... Y